

CALLE SAN MARTÍN

POR 1870, SANTIAGO ADQUIRIÓ EL CARÁCTER DE CIUDAD MODERNA. LAS NUEVAS CALLES Y AVENIDAS COMENZARON A LLENARSE DE PALACIOS. EN LA CALLE SAN MARTÍN SE ALZARON MANSIONES DE RENOMBRADAS FAMILIAS Y ALGUNOS NEGOCIOS COMO LA DULCERÍA DE LAS VERGARA.

Por Sergio Martínez Baeza

Podemos imaginar que, a fines del siglo XVI, un visitante de la ciudad capital del Reino de Chile que saliera a caminar por la calle de los Ahumada hasta la Cañada (actual Av. B. O'Higgins), se encontraría allí con un lecho seco de río, basural de la urbe, con restos de los sucesivos sismos que echaban por tierra las frágiles viviendas de los primeros pobladores; todo semi-cubierto a la vista por espeso cañaveral y manchas de maleza verde, entre hojas secas de hierbas muertas. Para cruzar al otro lado de la hondonada, encontraría algunos senderos y quizás algún desvencijado puente de madera, que le permitiera salvar las pozas de aguas entancadas, donde en verano prosperaban los mosquitos. Al lado sur de la Cañada aún no había nada, salvo la iglesia y convento de San Francisco y los cabezales de algunas chacras concedidas por el Cabildo a meritorios vecinos que las solicitaban en premio a sus servicios a la causa de la Corona en estas apartadas tierras.

Si el visitante optaba por caminar hacia el poniente, por el lado sur de la Cañada, debía encontrar, a unos cien metros de distancia, el antiguo camino incaico (actual calle Bandera), que cruzaba la villa, prolongación del llamado "camino de Chile" (actual Avda. Independencia), que seguía hacia el sur, del otro lado de la Cañada, por la hoy llamada calle de San Diego.

Si continuaba su marcha, sorteando peñascos, troncos caídos, acequias y basuras allí abandonadas, debía cruzar la entrada a otro camino ciego, corto y terroso, que entonces sólo contaba con la casa del conquistador don Francisco de Riveros y que, mucho después, se prolongó hasta los totorales del río Mapocho y tomó el nombre de Morandé, por haber tenido allí su casa el Tesorero General de la Santa Cruzada en Chile, el caballero francés don Juan Francisco Briand de la Moirigandais.

Si el caminante imaginario seguía su marcha, pasaría por otro callejón abierto para dar acceso a un beaterio allí establecido por la Compañía de Jesús, bajo la advocación de San Cayetano, abogado de menesterosos y fundador de una orden de clérigos regulares que tomaron el nombre de teatinos. De allí el nombre de la actual calle de Teatinos.

Pero sigamos caminando junto a nuestro tenaz turista del pasado, bordeando una larga empalizada de más de doscientos metros, hasta llegar a la antigua capilla de San Lázaro, construida en 1575 en la esquina de una calle recién abierta, que pronto llevaría el nombre de "calle de las Cenizas" y, más tarde, ya en la época republicana, el

del Libertador General José de San Martín. Esta capilla permaneció en este sitio hasta que, en 1726, el padre superior de los mínimos de San Francisco de Paula solicitó al Cabildo su entrega a dicha congregación para hacerse ella cargo de su culto. El Cabildo así lo acordó el 20 de julio de ese año. En 1775 la modesta capilla fue erigida en Parroquia y permaneció en su emplazamiento hasta el siglo XIX en que se le dio una nueva ubicación. Demolida la antigua capilla, en su lugar se construyó el famoso Palacio Rivas, de los hermanos Pedro María y Ramón Rivas Cruz, casados con las hermanas Ana y Mercedes Vicuña Prado. El mismo Palacio fue ocupado, después, por la Ferretería Montero, por largos años, hasta llegar a un total abandono. Debió ser demolido cuando amenazaba riesgo de derrumbe, pero, gracias a la intervención del Consejo de Monumentos Nacionales, se salvó su hermosa fachada y hoy alberga en su interior un edificio moderno, que está destinado a hotel.

La calle contigua llevó por años el nombre de "calle de las Cenizas". Según varios autores, en ella hubo varios fabricantes de jabones que empleaban la ceniza en su producción y luego la depositaban en montículos a ambos lados de la calzada. Sady Zañartu dice que no eran "jabonerías" las que dejaban su ceniza en la calle, sino "jamonerías" que ahumaban allí sus pernils. El hecho es que estas cenizas sirvieron en 1779 para cubrir los cuerpos de los apestados del cólera y así prevenir la extensión del contagio.

Por 1870, Chile gozaba de un notable progreso y Santiago adquirió el carácter de ciudad moderna, gracias a la labor del Intendente Vicuña Mackenna. Las nuevas calles y avenidas de la ciudad comenzaron a llenarse de palacios, construidos con las ganancias de la minería, principalmente. En la calle San Martín se alzaron las mansiones de la familia Valdés Ossa, en la esquina de Agustinas; la de los Irrázaval, en la primera cuadra; y la de los García Huidobro en la esquina de la Alameda, entre otras. También cabe mencionar en esta calle, la dulcería de las Vergara, con sus ricos hojaldres y alfajores; la casa del profesor Daniel Avalos, autor del texto "Passport s'il vous plait", en que varias generaciones de colegiales aprendieron francés.

Haciendo contraste con las acogedoras y amables primeras cuerdas de esta calle San Martín, estaban las últimas, antes de llegar a la Estación Mapocho. Allí el aspecto cambiaba de modo radical, pues el vecindario de la cárcel pública y la abundancia de tabernas y prostíbulos dieron al sector, que llegaba hasta la calle Bandera, el calificativo de "barrio chino" de nuestra ciudad capital.